

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III. — NÚM. 109

Madrid, 23 de Febrero de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

## LA PRENSA LIBERAL Y EL VATICANO

Los que por gusto o por deber leemos la prensa diaria, venimos asistiendo a un espectáculo de información papista que realmente sorprende y desconcierta. Los grandes rotativos llamados ¡liberales!, los que a todas horas nos hablan de independencia de espíritu, de ideas nuevas, de valores positivos, de realidades y esencias de verdadero progreso, y de su implantación en la vida social para acabar con lo viejo, lo tradicional y arcaico, y con todo lo que es ficticio o regresivo, vienen desde hace tres semanas llenando columnas y más columnas con informaciones y comentarios, por demás ponderativos, de la acción del Vaticano y del papado. ¡Del Vaticano, del papado, dictador y ejecutor del *Syllabus*, que condena las libertades modernas y se declara enemigo irreconciliable del progreso, y defiende la supremacía del poder eclesiástico sobre el Poder civil, y consagra todo lo atávico, viejo e inquisitorial!

¿No es verdaderamente raro tal fenómeno? ¿En qué quedamos, señores de la gran Prensa? ¿No nos habíais dicho que la institución papal era, por su tradicional fanatismo, por sus tendencias esencialmente teocráticas, la gran incitadora de guerras, la eterna enemiga de la paz entre los pueblos, la que siempre fomentaba el odio y la intolerancia? Y ahora nos presentáis a un papa que muere, poco menos que como el gran ¡Pacificador de los cielos y de la tierra!, y a otro papa que surge de entre las «sfumattas» de la chimenea del Vaticano, como el hombre providencial que al asomarse por vez primera, después de siglos, a la galería exterior de la basílica de San Pedro a dar su ben-

dición, presagia días de ventura y de paz para el mundo entero! ¡Qué cosa tan estupenda! ¡Y cómo han cambiado de repente los tiempos y se ha transformado de súbito una institución, que era mi-

llamabais *mala* prensa, la nefanda prensa liberal, que tantos anatemas mereció de vuestros papas, de vuestros obispos y de vuestras plumas, es ya ¡buena!, se ha vendido a vuestros dioses y ya os

ofrece su homenaje y fervoroso auxilio. Se une a vuestros elogios, e identificada está plenamente con vuestro pensar y sentir. Vedla. Con todas las solemnidades de funerales de primera clase ha enterrado con vosotros a vuestro inmortal Benedicto XV, y con el mismo fervido entusiasmo que vosotros aclama al nuevo papa Pío XI, de quien, con vosotros también, espera las mayores bendiciones para todo el globo terráqueo... ¿Qué más queréis?

Ahora, amigos míos, que todo lo que ha ganado con este bombo periodístico en honor y gloria del Vaticano el partido clerical, lo ha perdido lastimosamente la democracia, la seriedad de la prensa independiente, y, sobre todo, y más que todo, la verdadera religiosidad.

Sí; seamos francos y confesemos la realidad que se nos ha venido. Las ideas modernas de democracia y de libertad y de progreso que tanto se han proclamado, han sufrido rudo golpe con esa inconsciente campaña de exageradas alabanzas a papas y a

instituciones papistas. Aparte de que ellas no eran merecidas bajo ningún aspecto, pues todo eso que se nos ha querido dar a entender de que el Vaticano en estos últimos tiempos, rectificándose a sí mismo, se muestra conciliador y tolerante y progresivo, es pura fantasía de las Agencias y de centros informativos de marcada tendenciosidad derechista, o bien producto de ingeniosas combinaciones diplomáticas, en las que para nada



¡Este Cristo grita venganza contra vosotros, liberales!

(De una lámina de la obra de La Chatre, titulada «Historia de los Papas».)

rada con justo recelo, en una institución a la que hay que volver los ojos como a la única esperanza salvadora!...

Periódicos y periodistas ultramontanos que tanta tinta habéis gastado y tantas energías consumido para demostrar a la faz del mundo que el papado era de institución divina, y el más eficaz propulsor del bienestar de los pueblos, descansad sobre vuestros laureles. Habéis triunfado en toda la línea. La que



## SUMARIO

La prensa liberal y el Vaticano (Agustín Arenales). — La Biblia (Leopoldo Jiménez). — Luz reflejada (Francisco Romero). — Páginas históricas: Un triunfo político de Felipe II (Patricio Gómez). — De actualidad. — Información Evangélica. — Alianza Evangélica Española. — Esfuerzo Cristiano. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Por los hambrientos rusos. — Escuela Dominical.

interviene el idealismo progresivo y democrático de los pueblos ni la realidad de las cosas; el Vaticano, hoy como ayer, es el mismo en su esencia y en sus miras fanáticas y exclusivistas, y los papas, llámense León XIII, o Benedicto XV, o Pío del número que quieran, no van, con sus apariencias más o menos estudiadas de modernidad en la forma, a otra cosa que a *lo suyo*, es decir, a imponer su dominio en almas y cuerpos a costa de la independencia del espíritu y de la dignidad individual y colectiva, y es tonto de remate o se *pasa de listo*, el que quiera hacer creer que del Vaticano ha de salir la luz que disipe las nieblas que envuelven el horizonte social. Primero dará peras el olmo o uvas el espino.

Pero, aparte de esto, decimos, no parece que sea la prensa liberal la encargada de llevar la voz cantante en el coro de alabanzas a papas vivos y difuntos. Ese papel de *botafumeiro* está más bien indicado para los de la prensa de la derecha, que si la imparcialidad nos debe llevar siempre a hacer justicia a quien la merezca, sea quien sea, no está bien la lisonja ni la adulación ni el exagerado entusiasmo en nadie, menos aún en los que nada deben al extraño y nada de él esperan. Y por eso se nos antoja que en nada ha ganado la seriedad de los periódicos y comentaristas liberales que tanto se han excedido en elogios en la muerte de Benedicto XV y en la exaltación de Pío XI. Lo serio y digno en sectores donde el Vaticano y sus papas tienen, por fuerza y con justicia, que ser mirados como poco amigos del progreso de los pueblos, es tener un piadoso respeto para con las personas, manteniendo la energía y sinceridad de siempre en el terreno de los principios. Salirse de ahí y entrar tan de lleno en el camino del elogio incondicional es algo extraño que se puede prestar a juicios poco favorables a la noble condición del periodista sincero y consecuente.

Pero, sobre todo, quien ha sufrido más en este caso de agudo papismo en la prensa liberal ha sido el verdadero sentimiento religioso, y es lo que a nosotros más nos apena. Porque no hay sino fijarse un poco en la profusa informa-

ción que se nos ha dado estos días sobre lo que ocurre en el Vaticano con papas que mueren y nacen, para ver que en todo eso no hay nada que sepa a religión y haga elevar el alma a pensamientos espirituales. Ocho o nueve días de funerales pomposos en honor del papa muerto y otros tantos de cabildeos y de intrigas para que venza esta o la otra tendencia cardenalicia, y luego, elegido el nuevo papa, *adoración* tras adoración, hasta tres adoraciones, como si fuese un Dios, y después hablar del papa nuevo como de un elemento político poderoso a quien tratan de conquistar las diferentes cancillerías de Estados poco amigos todavía y considerarle todos, tirios y troyanos, como fácilmente conquistable; todo eso bombeado y comentado apasionadamente en periódicos de diverso matiz político gubernamental, como se dice, es muy triste. Para los espíritus verdaderamente religiosos, porque les hace pensar que el que dijo: «Mi reino no es de este mundo», y «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», no aprobará, seguramente, la extraña alianza de iglesia y estado, de papas y reyes, de religión y política para fines demasiado humanos y egoístas, que no de interés público, desgraciadamente. Y para los espíritus arreligiosos, todo este convencionalismo periodístico les sabrá a conjura en la sombra de poderes tradicionales contra el verdadero poder del pueblo, de la libertad, del progreso y de la verdadera paz. Y se querrán afianzar, en vista de ello, más y más en sus sistemáticos prejuicios contra la idea religiosa, que tendrán por enemiga irreconciliable del espíritu moderno, al ver cómo se dan la mano y se apoyan mutuamente los poderosos de la tierra y los que se llaman representantes del cielo...

He ahí la obra del inconsiderado afán informativo de periódicos liberales. Gócese en ella, si así les place, pero no se quejen el día de mañana cuando vean y toquen los resultados funestísimos de tal política, que será todo lo habilidosa que se quiera llamar, pero que no sirve más que para alimentar escepticismos y enervar energías espirituales y dar vida, en una palabra, a lo que estaba muerto y bien muerto, y poner en peligro de muerte lo que todos queríamos que viviese, porque era lo único que tenía derecho a vivir.

AGUSTÍN ARENALES

Los mejores círculos no son los mayores, sino los mejor trazados; asimismo, la mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones. — Waller.

## LA BIBLIA

La Biblia es el libro más grande que se conoce. Por su contenido, va delante de todos los libros por su elevada moral, por sus consejos, por sus avisos, por sus promesas a toda clase de criaturas, por su profunda espiritualidad, por sus leyes morales y naturales. Por su origen, es el más antiguo; por el motivo de su lectura, es el más necesario; por su inspiración se descubre que es puramente divino. Es combatido encarnizadamente como ningún otro por sus más feroces enemigos, y amado y apreciado en gran manera por aquéllos que han sido iluminados por su luz y han vislumbrado sus tesoros.

Donde la Biblia se lee y se conoce y se cree, allí desaparece todo otro libro de lectura dudosa e inmoral; allí dejan de reinar la idolatría, los vicios y la blasfemia; allí hay respeto, seriedad, orden, justicia y amor. Al poder de este gran libro y ante su luz poderosa, huyen las tinieblas de los errores en religión; caen por completo y desaparecen de los hogares los rosarios, medallas, escapularios, agua bendita, imágenes y todos los otros sofismas e inventos que el enemigo presenta a la cegada humanidad caída con el objeto de que no acierte a entrar por la verdadera «puerta» de la salvación, vida, libertad y luz que es solo Jesús.

La Biblia, a pesar de todos sus enemigos, de todo el empuje que muestran contra ella, reinará por ser eterna, dominará por ser divina, y tendrá que ser mirada con respeto, aun por aquellos que un día «cautivos a voluntad del diablo», osaron quemarla en la calle y en las plazas. Ella es la voz de Dios, el timbre de toda conciencia, la expresión de todo lo creado y hecho por su Autor; sin ella el mundo sería un enigma inexplicable, y las naciones estarían envueltas en laberintos sin salida.

La Biblia todo lo explica, todo lo descubre, todo lo aclara; reprocha, desde el principio al fin, todo lo que no procede del Autor de toda Luz. No existe nada de lo cual la Biblia no dé, aunque sea en bosquejo, su origen, su motivo y sus resultados.

El vicioso la rechaza porque sus páginas respiran santidad. El blasfemo palidece al saber que ella tiene palabras de sentencia contra su conducta. El engañador y homicida no la quiere porque ama las tinieblas más que la luz. Ella, sin embargo, provoca raudales de esperanza, gracia y perdón para toda clase de criaturas, por perversas y malas que sean. Toda religión que no brote de sus potentes y sagradas páginas, la ocultará al pueblo, y en ninguna manera osará ponerla sobre sus púlpitos; pero no es posible jugar con su sagrado contenido sin exponerse a un merecido castigo.

LEOPOLDO JIMÉNEZ.



# LUZ REFLEJADA

(RECOMENDADO DE NUESTRO CONCURSO)

«Vosotros sois la luz del mundo.»

(Mateo, V, 14.)

CUANDO el salmista, en alas de su pensamiento soberano, eleva su alma hacia los cielos, remontándose sobre las bajezas de este pobre mundo, y contempla no más que una pequeña ráfaga de la grandeza de Dios en los lejanos mundos, no puede por menos que exclamar y decir, poseído de la más profunda emoción: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?» «Hiciste un poco menor que los ángeles y coronástele de gloria y de lustre.»

Pero indudablemente el hombre ha sido elevado por Dios a una grandeza mayor aún que la de los mismos ángeles. Ser «la luz del mundo» no es la dignidad propia del hombre, ni siquiera de los ángeles. Ser «la luz del mundo» es algo tan majestuoso, tan soberano, que así como a las más escarpadas rocas sólo pueden subir las águilas, a esta dignidad gloriosa solamente puede subir el Omnipotente Dios. Sin embargo, Dios, al tratar de llevar a cabo esta gran obra de iluminar al mundo pecador, fija su vista en el hombre y dice con absoluta seguridad: «Vosotros sois la luz del mundo.» ¿Yo, Señor, pobre y miserable pecador, con el alma ennegrecida por el pecado? No; no es posible, Señor, que tú pongas la vista en mí, pues soy el primero de los pecadores, dice el apóstol Pablo. Pero el Señor responde con gran firmeza: ¡Sí, vosotros! ¿Yo, Señor, que te he negado repetidas veces? Esto no puede ser, dice el apóstol Pedro con la decisión de un convencido. Pero el Señor dice resueltamente: ¡Sí, vosotros! ¿Nosotros, Señor, dicen todos los cristianos, que además de no ser apóstoles somos miserables y negros carbones, vamos a ser la luz del mundo? ¡Sí, vosotros!, dice el Señor con un gesto y una entonación que no dejan lugar a la duda.

Sin embargo, la obra es demasiado grandiosa para que el hombre pueda realizarla. ¡La luz! ¡Esto parece que sobrepasa a todas las fuerzas del ser humano! Si fuera «vosotros sois una luz», tal vez habría algún ser humano que pudiera cumplir el encargo de Cristo. No faltaría, desde luego, algún que otro rasgo de bondad o valentía que irradiara algún brillo. Pero «la luz», esa luz especial, única e inconfundible, que se enciende y más se inflama cuanto más crecen las tinieblas; la luz que al fin y al cabo puede enamorar y conquistar el mundo; esa sorprendente luz es propia y exclusiva de Dios y no de los hombres. Porque para ser «la luz» hay que ser hombres de verdad, aunque a causa de ello seamos perjudicados. Y cuando la mentira ofrece a los hombres, como generalmente ocurre, salvar una

grave responsabilidad o alcanzar el disfrute de algún codiciado bien, no hay fuerzas humanas capaces de resistir la tentación. Porque para ser «la luz» no se puede ser hombres de venganza, sino seres que estemos siempre dispuestos a usar del delicado y dulce sentimiento del perdón. ¿Y cómo es posible que el hombre pueda tener ese temple tan especial que le permita no encolerizarse y devolver centuplicado el daño, cuando sus semejantes le hagan objeto de malos tratos o de graves injurias? Esto no se puede concebir de ninguna manera, porque en tales ocasiones hasta los más humildes se vuelven fieras terribles. Pero el imposible mayor no estriba en esta inmensa imposibilidad. Para ser «la luz» del mundo hay que ser, además, un alma tan excelsa, tan soberana, que no solamente perdonemos a nuestros enemigos, sino que también lleguemos a amarles. Y esto sobrepasa a todas las fuerzas humanas. ¡Es esto tan imposible de realizar, que cuando lo vemos ejecutado por Dios nos parece un esfuerzo divino, nos parece una difficilísima victoria alcanzada por la divinidad! Si los hombres pudiesen brillar con ese brillo tan majestuosamente soberano, entonces sí que serían «la luz» del mundo.

¡Qué grande imposibilidad pide Dios de los hombres! Y es tanto más imposible, porque la obra encomendada es demasiado grandiosa, y el ser a quien se encomienda realmente pequeño. Que el mal se transforme en bien, que de donde sólo podría esperarse el odio brote fragante el perdón, que la obscuridad se transforme en luz gloriosa del mismo cielo, es a todas luces el mayor de todos los imposibles. Pero el imposible se agiganta aún más todavía cuando Cristo dice: «Vosotros sois la luz del mundo.» Esto sí que es imposibilidad: «Del mundo.» Porque precisamente vivimos en un mundo que no favorece la luz, que no estima la luz, que la aborrece.

Pero, aunque parezca extraño, los hechos atestiguan que es posible serlo... Los cristianos, que como el mártir Esteban murieron pidiendo perdón para sus enemigos, o los que antes que renegar de su Dios, prefirieron morir en el circo romano, y aquellos otros, en gran número, que la Inquisición achicharró en España, son testimonio muy elocuente de que para el cristiano no existen imposibilidades de ningún género, para brillar con la sublime entereza y valentía de seres divinizados. Y estos gloriosísimos ejemplos, honra inapreciable de la cristiandad, los ha habido en tiempos pasados, y los ha habido también en nuestros tiempos. ¿Cuál es entonces el secreto que hace posible lo imposible? El secreto no está en el hombre, pues el hombre es sólo un negro, frío

y miserable carbón, que de por sí para nada sirve. El secreto está en Cristo y solamente en Cristo. Porque en las manos de Cristo, Dios soberano, todo se transforma y se renueva, haciendo posible lo imposible, cambiando completamente al hombre, sacando luz de las tinieblas. Dios, en su grandeza infinita, no reconoce imposibles, porque su voz es la que hace los mundos, su voluntad la que divide en dos el Mar Rojo y su deseo el que hace que de la dura peña brote un torrente de agua. Y aunque el hombre, por sus muchos y grandes pecados sea un carbón, brillará con reflejos sublimes de gloria, al ponerse en contacto con el fuego del amor divino. El secreto que capacita al hombre, para realizar benditas audacias, gloriosos hechos que le hacen ser «la luz del mundo», no radica en él, porque él es un astro oscuro, sin luz propia. El secreto radica sola y exclusivamente en Cristo, Sol sublime, de luz bendita y permanente, que enciende y funde el alma con ese bendito fuego, único capaz de rendir y subyugar a los hombres. El hombre, como la tierra, no tiene luz propia, y así como la faz de ésta sólo se ilumina cuando se vuelve al sol, así el pecador sólo puede brillar cuando pone su mirada en Cristo. Así que «la luz» con que el cristiano llegará a asombrar y a cautivar el mundo es luz reflejada, luz procedente del mismo Dios.

El sol ilumina más intensamente la tierra cuando se halla en su zénit, y de igual modo, Jesús brilla con luz más gloriosa y sublime si le miramos clavado en la terrible y afrentosa cruz. La cruz, con ese fuego imponderable del amor que se sacrifica; la cruz, con las conmovedoras llamas de un Dios santo, que es terriblemente martirizado; la cruz, con ese incendio inmenso de misericordia que perdona a sus crueles verdugos; la cruz, con su poder para engendrar en el alma las más santas emociones, es el majestuoso sol que con más intensidad ha encendido y encenderá en los hombres un amor, una fe y un heroísmo que dejarán absorto al mundo. Y la luz divina de Cristo se reflejará tanto más intensamente en nuestra alma y en nuestra vida, cuanto más de frente y más de cerca miremos a la cruz del Calvario. Por eso el apóstol Pablo, que tan de frente y tan de cerca miraba a la cruz, brilló con luz tan gloriosa, como puede verse en estas sus palabras: «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o cuchillo? Antes, en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de aquél que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.»

FRANCISCO ROMERO.

(Lema: *Areópago.*)



## PÁGINAS HISTÓRICAS

## UN TRIUNFO POLÍTICO DE FELIPE II

EL célebre Sixto V (¿cómo no tratar de algún papa cuando tanto se está preocupando de ellos la prensa toda?), por Breve dado en Roma el 14 de Abril de 1586, dirigiéndose al obispo de Salamanca, la emprendió contra las corridas de toros, llamadas por unos *la fiesta nacional* (1) y por otros (a nuestro juicio con más acierto) la *vergüenza nacional*.

Ya antes Pío V se había preocupado de la *agitatio taurorum*, lanzando anatema contra los lidiadores, y negándoles cristiana sepultura. Después, Gregorio XIII, alzó la excomunión, por lo que a legos y caballeros se refería; pero Sixto V renovó la prohibición de aquél, acompañándola de las correspondientes excomuniones y anatemas. Esta actitud del papa motivó el incidente que deseamos recordar como muestra de la elevación de miras y el valor moral del monarca que entonces regía los destinos de las Españas, Felipe II.

Este «Paladín de la Iglesia Romana» era un ardiente *taurófilo*, aunque parezca mentira, mirando el enlutado, tétrico y seco retrato que de él nos dejó Pantoja. Gustábase casi tanto ver una corrida como contemplar un *Auto de Fe*. Bajo su cetro ambas *diversiones* (!) tomaron gran incremento.

Lógicamente podía esperarse que el rey, a quien se ha llamado «Brazo derecho de la Iglesia», se sometiera sin titubear a los deseos del papa, y que el pueblo español, al cual se nos quiere hacer pasar por tan católico, hiciera lo propio, conocidas las censuras lanzadas por Sixto V contra su fiesta favorita. ¿No funcionaba la Inquisición para hacer que todo nuestro pueblo pensara como el papa en lo religioso? Si con el beneplácito de Felipe II se martirizaba a miles de españoles, por opinar de modo diferente en ciertas doctrinas a como opinaban en Roma, ¿se colocaría ahora el mismo rey en el lugar ocupado

por aquellos a quienes condenaba? No; porque carecía del valor de los mártires. En cambio, «no atreviéndose a rechazar (el Breve), por venir de quien venía, ni a oponerse tampoco a las severas disposiciones del Papa, y creciendo el escándalo, puesto que los eclesiásticos no dejaban de asistir al circo» (¡oh, la obediencia tan cacareada de los romanistas a su papa, qué fácilmente se elude!). «el mismísimo austero Monarca, el hijo predilecto de la Iglesia, hizo presente al Papa... que la bula no surtía efecto, por ser las corridas de toros una costumbre tan antigua que parecía estar en la sangre de los es-

excomuniones, anatemas y las otras penas, excepto a frailes y hermanos mendicantes.

¡Qué buenos comentarios podría hacer de este documento pontificio pluma mejor cortada que la nuestra! Esta bula, carente de todo sentimiento cristiano, fué el mayor triunfo político que alcanzara Felipe II. Amordazadas las lenguas de cuantos hubiesen podido protestar, fué acogida con loco regocijo. Un autor dice, que «ni las victorias de San Quintín y de Lepanto produjeron más efecto, ni granjearon al poderoso monarca más simpatías y adhesiones». El camino de todos los tiranos es

ese, embrutecer a los que desea esclavizar; pero no es, ni mucho menos, la mejor política. Se podrá alabar cuanto se quiera la habilidad, *prudencia* y tenacidad del segundo Felipe, y falseando la verdad se podrá hasta presentarle como *el rey IDEAL*, nada menos (!); pero los hechos se encargan de echar por tierra tales leyendas. Y algunos de esos hechos sencillos son éstos: que apenas comenzó a reinar se perdió en

Gelves (1560) la ar-

mada católica; dos años más tarde ocurrió lo mismo en la Herradura a las galeas españolas, y cuatro después comenzó la rebelión de Holanda, efecto de su *prudente* política, cumpliéndole entonces la triste gloria al famoso duque de Alba de entregar al verdugo, en el corto espacio de cinco años, las cabezas de *diez y ocho mil protestantes*. La misma *prudente* política (llamémosla así, ya que se ha convenido en que Felipe II fué un rey *Prudente*) consiguió el levantamiento de los desdichados moriscos, pero no pudo evitar que el atrevido Drake saqueara a su placer las colonias españolas, ni siquiera que los piratas berberiscos robaran y llevarasen cautivos a centenares en las costas levantinas, ni mucho menos supo impedir, con toda su prudencia, que la Providencia, en castigo de su terco y negro fanatismo, destrozase la *Armada Inven-*



## CORRIDA DE TOROS

He aquí el espectáculo que Jovellanos llamó con mucha razón «mengua de España», y que muchos españoles consideran la Fiesta Nacional. Acaso la única cosa de España contra la cual nada han podido las disposiciones del Vaticano.

pañoles, que no podían privarse de ella sin gran violencia» (1).

Ante tales manifestaciones, ayudadas eficazmente por las gestiones de nuestro embajador en Roma, Clemente VIII juzgó que su *infalible* antecesor se había equivocado, y del mismo modo que Gregorio XIII enmendó la plana a Pío V, así quiso él hacer con Sixto V. Fundándose, pues, en ser las corridas de toros «costumbre muy antigua» (¡como si la antigüedad pudiera convertir lo malo en bueno!) «en la que los soldados tanto de caballería como de a pie, luchando así, se hacen más aptos para la guerra; ya también porque parece estar en la sangre de los españoles esta clase de espectáculos... advirtiéndole que las referidas censuras y penas en los reinos de España, no sólo no han aprovechado, sino que son motivo de escándalo, por la frecuencia de incurrir en ellas, para evitar estos males, como buen pastor», levanta las anteriores

(1) De Manuel Jorroto, en *La Correspondencia de España* (19 Abril 1903, Suplemento), son estas concisas palabras: «Hay quien a los toros llama la fiesta más nacional. ¿A cuál llamará la menos?... ¡Al Dos de Mayo, quizás!»

(1) *El Espectáculo más Nacional*, por el Conde de las Navas. Madrid, 1900, pág. 110.

(1) Así lo hizo el presbítero José Fernández Montaña, ex-ayo de S. M. D. Alfonso XIII y destituido por la oposición de las cortes, en su libro: *Cómo Felipe II no mandó matar a Escobedo*.



cible (1588), pereciendo con el incontable coste de las naves, las vidas de miles de españoles. ... Pero, gracias a las gestiones de su rey Prudente, los españoles podían, entre tanto que los ingleses en 1596 saqueaban a Cádiz, entretener sus ocios

contemplando alguna regia corrida de toros, sin el temor de incurrir en las excomuniones papales. ¡Y váyase lo uno por lo otro!

PATRICIO GÓMEZ.

# DE ACTUALIDAD

## El problema religioso.

**P**OR fin, ¡ya era horal, hay quien, entre nuestros intelectuales, se preocupa del gran problema religioso y le asigna tan primordial importancia, que no admite posible en España regeneración política ni social sin resolver previamente y de modo adecuado el problema de la conciencia.

*El Liberal* publica en su número del 11 un precioso artículo del culto escritor D. Ramón Pérez de Ayala, en que aborda de frente y sin vacilaciones el tema «rancio y cursi», según los reaccionarios y hasta algunos que se llaman radicales, pero que el brillante cronista juzga de actualidad constante y de transcendencia suma. «El problema de conciencia, dice, no pertenece a la ideología pretérita, puesto que pertenece a la naturaleza humana, en su parte más íntima y esencial y es por ende un problema perdurable y eterno; ni el problema religioso, en cuanto problema político, es un problema superado y resuelto sino allí donde realmente haya sido resuelto y superado. Pero en España es actual y urgente, y perseverará en su actualidad y urgencia mientras no se le aplique el tratamiento racional...», y añade: «Insigne desatino creer que una sociedad puede seguir su desarrollo político normal saltando, como sobre un hiato o una solución de continuidad, sobre el problema religioso, el cual en la vida social es como la pubertad y el uso de la razón en la vida individual. Un hombre no puede llegar a la virilidad sin haber atravesado la crisis de la pubertad; ni una nación llega a la virilidad sin haber vencido felizmente la crisis política del problema religioso...»

Así se habla y así debieran hablar tan claro los que se precian del nombre de liberales y dicen sentir ansias de ver a España grande y viril. Y como no ha titubeado el distinguido publicista en señalar el mal, en plantear el problema en sus verdaderos términos, así tampoco vacila en indicar el único tratamiento adecuado para la curación, el único medio de solución radical y satisfactoria. Es este y nada menos que este, a juicio del señor Pérez de Ayala: «Separación de la Iglesia y el Estado, desde luego... que vale tanto como pisar el umbral del pleno uso de la razón.»

¿Lo oyen nuestros demócratas y liberales? Ya no son sólo los evangélicos es-

pañoles, los despreciados protestantes, los que esto proclaman: son también los intelectuales del lustre de un Pérez de Ayala, de un Unamuno, de un Luis de Zulueta y otros no menos distinguidos publicistas sinceros, que tienen bien ganada la fama de hombres de solvencia cultural y de alto pensar, los que nos acompañan en esta tesis tan clara como importante.

Y mientras en este punto concreto no convengan los llamados partidos liberales y demócratas y radicales, ni habrá solución al problema religioso, ni se podrá esperar soluciones verdad para los demás problemas. Porque ¿qué fuerza tendrá para regenerarse un pueblo en estado de puericia, «en pañales», como dice tan gráficamente el señor Pérez de Ayala, que tal es la situación de España en régimen de unión de Iglesia y de Estado? Ninguna. Ni siquiera esa Iglesia oficial puede recabar los debidos respetos, pues como dice muy bien el artículo que comentamos, donde no hay «religión del Estado», ni en los códigos «el delito de desacato religioso», jamás una religión es objeto de hostilidad, ni siquiera de burlas o menosprecio; en cambio, cuando la Iglesia se hace política por su alianza con el Estado, se atrae, queriendo o sin querer, la animadversión de todos y resulta el anticlericalismo estridente, porque existe y domina el clericalismo.

Es preciso que cada institución se desenvuelva en su propia órbita. El Estado, como representación y amparador de los derechos de todos, para hacer a todos respetarse mutuamente; las iglesias para que ejerzan sus funciones espirituales con la necesaria y debida libertad, sí; pero sin privilegios de ningún género que siempre son odiosos porque siempre van contra el derecho de los demás.

Así, y sólo así, se podría entonces pensar en resolver con acierto y eficacia los demás problemas que tanto también preocupan. Así, y sólo así, se podrá esperar ver algún día a España grande, viril y progresando en todos los órdenes de su vida social y económica.

Pero si a eso no se va, entonces que no se sueñe en mejoras ni en progresos. Seguiremos de mal en peor y ni habrá pan en los hogares ni justicia ni paz en la nación.

«No os malengañéis, diremos también con el distinguido escritor que nos ha sugerido estas líneas; sin la solución adecuada del problema religioso no puede

haber un estado verdaderamente adulto y viril», y, por tanto, añadimos nosotros, ni un pueblo verdaderamente libre y digno.

A. A.

## De martes a martes.

**El hambre en Rusia.** Según las últimas noticias, 19 millones de rusos están en peligro de morir de hambre en la región del Volga. En España, y por iniciativa del ilustre literato Martínez Sierra, se ha iniciado una campaña a favor de aquellos infelices. La suscripción abierta en el diario *El Sol*, alcanza ya la respetable suma de 85.000 pesetas. Se preparan exposiciones y festivales para aumentar los recursos. Los españoles, estamos de ello seguros, responderán con su habitual generosidad, y como los evangélicos son buenos españoles, no tenemos la menor duda de que la suscripción abierta con el mismo objeto por la Alianza Evangélica Española, alcanzará pronto una elevada cifra.

**Justicia internacional.** El 15 del actual, y bajo la presidencia de la reina de Holanda, inauguró sus sesiones, en el Palacio de la Paz, de la Haya, el Tribunal Permanente de Justicia Internacional. Se pronunciaron elocuentes discursos, cerrando la serie de ellos el señor Loder, que puso de manifiesto la novedad e importancia de este Tribunal, que guarda íntima relación con la Sociedad de las Naciones.

**La venta de barcos.** Con motivo de la futura ocupación de Alhucemas, se hablaba de que España compraría algunos barcos de los que actualmente construía Inglaterra. Por fortuna, la noticia ha sido desmentida. Según parece, Inglaterra no venderá ninguno de los barcos que estaban en construcción, y que exceden al número de los que puede tener, según acuerdo de la Conferencia del desarme, sino que los inutilizará, pues las potencias signatarias del Tratado de Washington se han comprometido a no deshacerse de sus barcos de guerra en forma de que puedan utilizarse para análogos fines por otros países.

**La Conferencia de Génova.** Esta conferencia, cuya celebración se acordó en la de Cannes, y cuya finalidad será el arreglo económico de Europa, se ha aplazado hasta mediados de Abril, y aun es probable que no se celebre en Génova, sino en alguna otra ciudad de Italia.

**Huelga gigantesca.** Se teme que estalle en los Estados Unidos la huelga de mineros, pues han fracasado las negociaciones que se seguían sobre las recientes demandas formuladas por ellos. De declararse la huelga, se solidarizarían con los mineros los ferroviarios, dando ello un contingente de cinco millones de huelguistas.



**El país de Jauja.** Es sin duda España. Se han publicado al fin en la *Gaceta* los nuevos Aranceles, y con decir que no han gustado a nadie, está dicho todo. Se hicieron con propósitos proteccionistas y sólo se ve en ellos el favoritismo. La vida se encarecerá más de lo que está. Este asunto, que ocupa a los Gobiernos de todos los pueblos, al nuestro no le preocupa. En cambio, hay dependencias oficiales donde cobran empleados que no asisten. Según ha declarado el Alcalde de Madrid, en las dependencias del Ayuntamiento hay más de 500 empleados que cobran sin asistir a la oficina. Sin duda, para esto se aumentan cada año los arbitrios municipales.

**Las garantías constitucionales.** El Domingo pasado se han celebrado en el Ateneo y en la Casa del Pueblo, de Madrid, sendos mítines en pro del restablecimiento de las garantías constitucionales. Tres años llevamos con las garantías en suspenso, y si para algo ha servido esta medida, ha sido para impedir la propaganda de toda labor verdaderamente liberal, tanto en lo político como en lo religioso. Recuérdese el caso del famoso monterilla de Tomelloso. Al fin parece que la conciencia liberal empieza a despertar. A las Cortes, próximas a abrirse, es adonde hay que llevar este asunto.

DOMINGO DE RAMOS.

Yust y Longás (Luis), que luchan en Marruecos.

Pedimos al Señor que grabe en nuestros corazones las enseñanzas que en dicha reunión hemos aprendido. — L. M.

## Alianza Evangélica Española.

### Temas de oración para Marzo.

#### ACCIÓN DE GRACIAS:

Por el remedio siempre eficaz que Dios proporciona en el Evangelio para los males que a la Humanidad afligen.

Por los enérgicos llamamientos que el Señor está dirigiendo a los corazones y a las conciencias.

Por los avivamientos religiosos que tienen lugar en muchas partes del mundo.

#### SÚPLICAS:

Porque los cristianos seamos llenos del Espíritu Santo, para que cumplamos fielmente nuestra misión de ser «la sal de la tierra» y «la luz del mundo».

Por los prisioneros en Marruecos, los hambrientos en Rusia, y, en general, por todos los pueblos que sufren.

Por la extensión constante de la Obra del Señor en nuestra patria.

*Los cristianos evangélicos de Madrid se reunirán en oración el jueves, 2 de Marzo, a las ocho de la noche, en la Iglesia del Salvador, Noviciado, 3.*

## Esfuerzo Cristiano

### Mejor vida doméstica.

Dom., 5 de Marzo. 2.º Sam., 6, 1-12.

#### Tema para la reunión.

«Yo y mi casa serviremos a Jehová.» (Jos., 24, 15.)

#### Discurso de introducción.

El cristianismo para nosotros debe empezar en nuestra casa, es decir, que si en nuestro hogar no somos fieles en todo, amables, humildes, serviciales y sinceros, en vano procuraremos introducir en la sociedad elementos de regeneración.

Se comprende que los hombres del mundo tengan una moral en casa y otra en público; que hablen ante la gente extraña como muy honrados, que hagan alarde de buenos sentimientos, y que su vida doméstica sea un mentís a su vida pública. Pero el cristiano debe ser lo mismo en casa que ante el mundo. El cristianismo es un sistema religioso que debe ser vivido. Aquellos cristianos de los cuales se sabe que *viven el Evangelio* (perdónenos la novedad de la frase), en sus casas ejercen una saludable influencia. Nadie puede demostrar que está convencido de la doctrina de Cristo si no la practica en su vida privada. Aquí se puede decir: «Muéstrame tu fe sin tus obras.» (Sant., 2, 18.)

#### Sugestiones bíblicas.

Nosotros también podemos traer el arca de Dios, símbolo de su presencia, a nuestra casa.

(Continúa en la página 64.)

# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

#### Esta semana:

*Domingo, 26.* — Cultos en todas las iglesias, a las horas de costumbre.

*Miércoles, 1.º de Marzo.* — Unión Cristiana de Jóvenes, Madrid. A las nueve de la noche, conferencia con proyecciones por el secretario del Comité Universal de U. C. J., D. Rodolfo Horner, acerca del tema: «Una visita unionista alrededor del mundo».

*Jueves, 2 de Marzo.* — A las ocho de la noche, reunión de oración unida en la Iglesia del Salvador, Noviciado, 3, Madrid.



#### Visitas y conferencias.

Se espera dentro de unos días la visita de D. Rodolfo Horner, de Suiza, secretario del Comité Universal de Uniones Cristianas de Jóvenes, y la de Mr. W. C. Pearce, de New-York, secretario de la Asociación Mundial de Escuelas Dominicales. Estas visitas darán lugar a diferentes entrevistas y conferencias. El Comité Nacional de Uniones Cristianas en España, conferenciará con Mr. Horner, acerca de asuntos referentes a este movimiento juvenil. La Junta de la Alianza Evangélica Española dará una recepción a Mr. Pearce, con el cual hablará acerca de las Escuelas Dominicales, habiendo sido invitado a esta conferencia D. Joao Canuto, de Lisboa. Y, finalmente, el Comité de la Alianza Mundial para fomentar las relaciones internacionales por medio de las iglesias, celebrará una pequeña asamblea, a la cual invitará a algunos caracterizados obreros de provincias. Procuraremos informar a nuestros lectores de los asuntos de interés que se traten en estas conferencias.



#### Un bautismo y dos fallecimientos en Salamanca.

En la noche del 9 de los corrientes fué bautizada, en casa de sus padres por inminente peligro de muerte, la niña Consuelo Jiménez Alcón, hija de D. Marcelino Jiménez y de D.ª Consuelo Alcón.

Una hora después voló al cielo, siendo su cadáver sepultado al día siguiente en el Cementerio civil.

El día 17 de Enero último fué sepultado en el mismo Cementerio el cadáver de D.ª Teresa Velasco, de setenta y seis años de edad.

Tanto en éste, como en el anterior, hizo el servicio fúnebre el Rdo. Juan García.



#### Esfuerzo Cristiano en Barcelona.

Pródiga en enseñanzas fué la reunión celebrada en el local de la calle de Ripoll por las Sociedades de Esfuerzo Cristiano, con motivo del XLI aniversario de su fundación.

Después de sentida oración, en la que el Sr. Sancho nos animó a afirmarnos en la fe, siguieron hermosos discursos a cargo de los Sres. G. Lord, S. Roca, R. Miquel y J. Capó.

Lamentó el Sr. Lord la ausencia de varios esforzadores, unos por hallarse cumpliendo deberes militares y otros a causa de enfermedad.

A continuación D. S. Roca nos demostró la necesidad de nutrirnos espiritualmente.

D. R. Miquel nos habló sobre la acertada idea del Dr. Clark al crear el Esfuerzo Cristiano, pues respondía a una necesidad, vistos los peligros que rodeaban a la juventud. El Señor ha bendecido con creces tan bella iniciativa, y hoy, gracias a Él, se cuentan a centenares las Sociedades de Esfuerzo Cristiano.

Se celebró la admisión de un nuevo miembro, y a continuación hizo un discurso final D. J. Capó, recordándonos la labor del Esfuerzo Cristiano durante los cuarenta y un años de su existencia, siempre en progresión ascendente, congratulándose de ver entre los asistentes a muchos veteranos de 1901 (fecha de la fundación del Esfuerzo Cristiano en Barcelona).

Son leídas cartas de varios hermanos ausentes, entre ellos los Sres. Ferrer





(Continuación.)

Porque la verdadera santidad, María, no consiste en estar siempre metido en la iglesia, en darse muchos golpes de pecho, en llevar colgado al cuello rosarios, cruces y escapularios. La verdadera santidad no consiste tampoco en encerrarse entre las paredes de un convento, en ir de romería a tal o cual sitio para adorar a tal o cual Virgen o Santo de barro, o de madera, o de oro, o de plata...

— ¡Calla, blasfemo, calla! — le interrumpió María sin poderse contener —; ya se lo contaré todo hoy al Padre Ambrosio o al Padre Saturnino, y seguramente te excomulgarán; ¡ya lo creo que lo harán! ¡Si no mereces otra cosa!

— Puedes decirselo a quien quieras, María; pero sé que digo la verdad, y no temo a los hombres; temo a Dios.

Escúchame un momento más, y termino:

La santidad de que te he hablado antes, ni es la santidad que enseñó y practicó Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, ni la que enseñaron y practicaron los apóstoles. No, no lo creas, aunque te lo digan todos los sacerdotes juntos. Esa santidad que te he nombrado antes, es una santidad ficticia, falsa, hipócrita. Es una santidad exterior, como la de aquellos fariseos de los tiempos en que Jesucristo estuvo en la tierra, y a los cuales el Señor reprendía y anatematizaba. La santidad que Cristo y sus apóstoles enseñaban, y enseñan hoy todavía por medio de las Escrituras, es la santidad interior, la santidad del corazón, la que produce frutos de verdadera caridad, de verdadera justicia, de verdadero amor hacia el Dios que hizo los Cielos y la tierra, hacia Jesucristo el que murió en el Calvario. Si por seguir yo esta santidad y estas ideas (que tú llamas nuevas aunque no lo son), tú tratas de abandonarme, considera, María, que eres injusta conmigo. Pero no, no es posible que tú, ni Luisa, pero sobre todo tú, si meditas un poco sobre lo que te he dicho, me abandonéis. ¿Verdad que no lo haréis?

— No puedo responderte en el momento a tantas cosas como me has dicho — dijo María —, pues veo que en poco tiempo te has hecho tan sabio y tan instruido en las cosas religiosas, que ni un Arzobispo podrá discutir contigo. Pero yo lo consultaré con quien debo hacerlo, y entonces obraré. Por ahora, hemos terminado

la discusión; tengo mucho que hacer y estoy perdiendo el tiempo.

— Y ¿con quién has de consultarlo, María? ¿Me lo puedes decir?

— No puedo ni debo decirte nada de eso por ahora; te repito, que hemos terminado.

— Únicamente te lo pregunto — insistió Esteban — porque sé que si lo consultas con un cura, te ha de aconsejar lo peor para mí, y ante todo, lo peor para vosotros. De eso no me cabe duda alguna.

— Será todo lo que tú quieras — dijo María —, pero debo y quiero hacerlo. Ten cuidado de ti mismo, y no te preocupes tanto de nosotras.

— Es mi deber hacerlo así — dijo Esteban —, e insisto en aconsejarte que medites bien lo que hayas de hacer.

— Lo tengo bien meditado — dijo ella — y te suplico me dejes en paz y te marches a tu trabajo, o me marcharé yo.

— Sí, María; te dejo, pidiendo al Señor que te ilumine, y que tenga misericordia de vosotras como la ha tenido de mí. Adiós, hasta la tarde — dijo Esteban.

— Adiós, hasta cuando sea — respondió ella.

Con el corazón oprimido y elevando una secreta oración al Señor, salió Esteban de su casa. Poco después salieron también María y su hija con ropa para entregar, hecho lo cual, se dirigieron a la iglesia. Dejémoslas y sigamos a Esteban.

Al cruzar éste la plaza cercana a su casa, vió que un grupo de jóvenes se burlaban de un anciano con barba y cabellos blancos, y que llevaba sobre sus hombros unas alforjas, y dos o tres libros en las manos. Esteban conoció en seguida que era un colporteur que presentaba a la venta ejemplares de las Sagradas Escrituras. El anciano iba decentemente vestido, y, si en verdad, como se dice vulgarmente, «la cara es el espejo del alma», la suya debía estar rebosando de paz celestial, pues así lo mostraba la alegría de su rostro y la satisfacción que sentía al verse vituperado y escarnecido por vender aquellos libros sagrados.

Antes de llegar Esteban al lado del anciano a quien trataba de defender de las burlonas frases de aquellos mozalbetes, un hombre alto y enjuto de carnes, vestido de negro, se acercó al colporteur diciéndole:

— Oiga, librero; el señor cura me encarga le diga que se llegue usted por su casa,

que quiere hacerle una buena compra de esos «libracos».

Esteban se fijó en aquel hombre, y reconoció en seguida que era Facundo, el sacristán.

— Dígame usted a ese señor... cura — dijo el anciano — que si en verdad desea comprar de estos libros, y no «libracos» (como usted acaba de decir faltando al respeto y a la buena educación), se sirva pasar por aquí, que yo le venderé los que quiera.

— El caso es — contestó Facundo —, que el señor cura está algo constipado, y no puede salir ahora de su casa. Es preciso que usted vaya, o si usted quiere, que yo se los lleve.

— No puedo complacerle, amigo — le dijo el anciano —. Estos libros tengo que presentarlos yo por mi propia mano, y nadie más. Y luego, que usted se rebajaría mucho con cargar con estos «libracos»... Nada, dígame de mi parte al señor cura, que se abrigue bien, y que venga aquí a comprarlos. Y en cuanto a vosotros — dijo, dirigiéndose al grupo que le rodeaba — es lástima que jóvenes, al parecer decentes y bien educados, se burlen de un anciano que va tranquilamente ofreciendo su mercancía al honrado vecindario de este pueblo. ¿No os parece que eso es muy bajo e indigno de jóvenes decentes?

— Vaya, vaya, qué político es el viejo protestante — dijo uno de aquellos jóvenes — ¡Si esos son libros protestantes! ¡Si son libros prohibidos!

— Verdaderamente — dijo entonces Esteban dirigiéndose a los jóvenes —, este señor, tiene razón en lo que dice. Deberais tener en cuenta, en primer término, que es un anciano a quien todos tenemos el deber de respetar por su edad; y en segundo lugar, que él viene pacíficamente a ofrecer sus libros, sin hacer daño a nadie, y sin obligar a nadie a que los compre; así, que debéis dejarle en paz, y no burlaros de quien no conocéis.

— ¡Vaya, vaya! — dijeron algunos — ¡ya llegó el que faltaba! ¡Ya tenemos aquí a Esteban el herrero! ¡Otro protestante, como el viejo!

— Es verdad que lo soy, no lo niego — dijo Esteban —; por eso le defiendo y por eso defiendo sus libros también, porque sé que este señor es un verdadero cristiano, y porque sé que esos libros son los que contienen la Palabra de Dios, y no doctrinas inventadas por los hombres.

— Sí, sí — dijeron ellos —; usted lo defiende porque este viejo es un protestante como usted, y porque esos libros son también libros protestantes ¡libros prohibidos!

— ¡Bien, bien dicho! — dijo entonces Facundo, el sacristán —. Ahora mismo voy a llamar al señor cura para que venga y os arregle a los dos protestantes, a los dos herejes. Ya veréis, como en cuanto él se presente, tenéis que escapar los dos con las orejas agachadas. Voy a llamarle.

— Si, sí, que venga el cura, que venga, que venga — dijeron varios de ellos.

(Se continuará.)



tras casas. ¿Qué es el altar doméstico y para qué sirve? (v. 2.)

El antiguo temor de Dios (como lo sentían los israelitas), ha desaparecido. En nuestros hogares Dios es Padre, Consejero y Amigo, porque el amor ha echado fuera el temor (v. 9.)

Dios bendice a todos los que le reciben en sus casas. Poseerle es vivir en el cielo (v. 11.)

David quería la bendición de Dios; quería a Dios mismo. Él estaba hambriento de Dios. ¿Tenemos nosotros esa hambre? (v. 12.)

#### Ilustraciones.

En los tiempos patriarcales, el cabeza de la casa era el sacerdote de la familia. En los lugares cristianos, esto es verdad todavía en un sentido espiritual. La mejor vida doméstica está basada en la religión.

¿Qué es lo que ha formado los miles y miles de hogares en una gran ciudad? Es el amor. El amor es lo que une las personas y forma las familias. Y solamente el amor puede conservarlas unidas.

El hogar es una fortaleza. Satanás trata de destruirla. Conseguido esto, las almas se arruinan y la nación decae. Procuremos consolidar nuestros hogares.

#### Pensamientos útiles.

La mejor vida doméstica, es el resultado de colocar a Dios en el trono de nuestros corazones y manifestar el espíritu amoroso de Jesús.

El padre y la madre crean en el hogar los hábitos de ternura, cortesía y amabilidad, o todo lo contrario, produciendo una segunda naturaleza en sus hijos. Estas cosas hacen la atmósfera del hogar.

Una persona que determina imitar a Cristo en medio de una familia que le es contraria, cambiará gradualmente la atmósfera de su hogar. Tiene que hacer una obra difícil, pero obtendrá resultado.

«Cuando un hogar está regido por la Palabra de Dios, los ángeles podrían ser invitados a pasar un día en él, y no se encontrarían fuera de su elemento». — *Spurgeon*.

#### Temas para responder.

¿Cómo podemos mejorar nuestra vida doméstica?

¿Cómo podemos poner más religión en nuestra casa?

¿A qué sería semejante nuestro hogar si Jesús viviese en él?

#### Estudio bíblico.

Prov., 3, 33; Id., 10, 22; 1.<sup>a</sup> Tim., 6, 8; Juan, 6, 27; Rom., 14, 17; Ef., 5, 25; Id., 6, 1, 5-9; Tit., 3, 11; Hebr., 13, 4 y 5; Mar., 5, 19.

#### Sociedades infantiles.

**Domingo, 5 de Marzo.** — Moisés legislador. — (Ex., 19, 17-20; 20, 1-17.)

**Lunes** . . . Moisés escribe palabras de Dios . . . . . Ex., 24, 3-7.  
**Martes** . . . Moisés en el monte. . . . . Ex., 24, 12-18.  
**Miércoles** . . El Sábado . . . . . Ex., 31, 12-17.  
**Jueves** . . . Las segundas tablas . . . . . Ex., 34, 1-8.  
**Viernes** . . . Moisés y los mandamientos . . . . . Ex., Id., 29-35.

El que dirija puede hacer una descripción del hecho histórico referido en el capítulo 19 del Exodo, preguntar un mandamiento diferente a diez de los niños que se hayan reunido y darles breves explicaciones sobre ellos.

¿Por qué debemos obedecer a Dios? ¿Cuál es el premio de la obediencia? ¿Quién cumplió perfectamente la ley de Dios? ¿Qué necesitamos para que Dios nos perdone por haberla quebrantado?

## POR LOS HAMBRIENTOS RUSOS



«El que tuviere bienes de este mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y le cerrare su corazón, ¿cómo está el amor de Dios en él?» — 1.<sup>a</sup> Juan, III, 17.

#### Donativos recibidos.

	Pesetas.
SUMA ANTERIOR . . . . .	430,—
A. Campo y señora, Madrid . . . . .	50,—
Pilar Clemente, idem . . . . .	2,—
Vicente Baca, idem . . . . .	5,—
Maria Brull, idem . . . . .	5,—
Iglesia Bautista, idem . . . . .	43,35
X. Y. Z. de Calatrava, idem . . . . .	12,—
C. A. F., idem . . . . .	10,—
C. R. G. y esposa, idem . . . . .	5,—
Su madre Margarita y sus hijos Cándido y Pedro, idem . . . . .	5,—
Sus hijas Emilia e Isabel, idem . . . . .	5,—
Juan Mena y su madre Carolina, idem . . . . .	5,—
Ernesto Reiff, idem . . . . .	5,—
Gastón Jaeckle, idem . . . . .	5,—
Ramón Luzón y señora, idem . . . . .	2,—
Manuela y Pilar Sanfuentes, idem . . . . .	2,—
O. E. M. Blanco, idem . . . . .	30,—
Celestino Rodríguez, idem . . . . .	50,—
Eduardo Gantes, Málaga . . . . .	10,—
Ana Vázquez de Gantes, idem . . . . .	5,—
Concepción Gantes, idem . . . . .	4,—
Carmen Ballesteros, idem . . . . .	15,—
Regina Ballesteros, idem . . . . .	7,50
José Gantes Vázquez, idem . . . . .	7,50
José Prados López, idem . . . . .	5,—
Manuel Prados López, idem . . . . .	5,—
José Prados Corral, idem . . . . .	5,—
Ana López, idem . . . . .	1,—
Encarnación Vivanco, idem . . . . .	2,—
Victoria García, idem . . . . .	2,—
Manuela Gordillo, idem . . . . .	1,—
Enrique Rodríguez Blanco, idem . . . . .	15,—
Manuel Carrasco, idem . . . . .	20,—
Los niños y niñas de la escuela, idem . . . . .	53,15
Pedro Casarrubios y señora, Avila . . . . .	10,—
Teresa del Río, idem . . . . .	1,—
Lope Galindo y dos nietos, Madrid . . . . .	2,—
Melecia Andrés, idem . . . . .	1,—
José Andrés, idem . . . . .	1,—

SUMA . . . . . 844,50

**Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA**

Ayuntamiento de Madrid

## Escuela Dominical

### La oración y la obra de Nehemías.

5 de Marzo.

Neh., 1 y 2.

TEXTO ÁUREO: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.* Mat., 7, 7.

Han pasado cerca de cien años desde el primer regreso del cautiverio, y cerca de ochenta desde que se terminó de edificar el templo. El eco de las palabras de Hageo y Zacarías se ha apagado. Las calles de Jerusalén no están llenas de muchachos y muchachas que juegan en medio de una ciudad próspera y feliz. (Zac., 8, 4 y 5.) El pueblo es pobre, la tierra dura e ingrata. El espíritu religioso ha decaído también. (Esdras, 9, 1 y 2.)

En estas condiciones, Dios preparó un gran despertamiento nacional. Los instrumentos principales para realizarlo fueron dos hombres de diferente carácter y posición; pero inflamados ambos de amor a la religión y a la patria: Esdras y Nehemías.

Decir que Nehemías era «copero» del rey Artajerjes equivalía, dadas las costumbres de aquel tiempo y país, a decir que era un «favorito» del rey, un funcionario palatino de gran influencia. Por él mismo sabemos que era rico (Neh., 5, 17 y 18), y que empleó su fortuna en bien de su pueblo. Fiel a su señor extranjero, era, a la vez, ardiente patriota; hombre de oración, demostró poseer también alto espíritu político; activo, abnegado, resuelto, era un hombre nacido para dirigir y mandar; pero lleno de humildad delante de Dios.

Josefo hace un interesante relato, que coincide con el de Nehemías. Dice que, paseándose éste un día por las afueras de Susán, vió un grupo de extranjeros que tenían trazas de haber hecho un largo viaje: acercándose a ellos, oyó que hablaban su lengua materna, el hebreo; dióse a conocer a ellos, y entonces descubrió que venían de Jerusalén, y uno de ellos era su propio hermano Hananí. Naturalmente, preguntó por la ciudad amada, y se conmovió profundamente al oír las tristes nuevas que le daban: el muro de Jerusalén derribado, y las puertas quemadas por los pueblos vecinos, a los cuales había irritado el proceder de Esdras al anular los matrimonios de judíos con mujeres de otras razas.

Nehemías llevó su aflicción al trono de la gracia, ayunando y orando «delante del Dios de los cielos por algunos días». Desde el mes de Chisleu (Diciembre) hasta el de Nisán (Abril), en que expuso el rey su deseo de ir a Jerusalén, su dolor dejó huellas bien marcadas en su rostro. (Neh., 2, 1.)

La oportunidad de Nehemías llegó un día en que el rey le preguntó la causa de su tristeza. Y cuando el rey, enterado de los sentimientos de su copero, le preguntó: «¿Qué cosa pides?», Nehemías eleva, una vez más, su corazón a Dios en silenciosa oración, y expone al monarca su deseo.

Nehemías tenía fe en la riqueza de Dios para contestar generosamente la oración, y pidió del rey permiso para ausentarse de la corte de Persia por doce años, plenos poderes para reedificar los muros de Jerusalén y eficaz auxilio del rey para la obra. (Ver. 8.)

¿Quién era Nehemías? ¿Qué noticias recibió un día? ¿Qué efecto le produjeron? ¿Qué pidió al rey? ¿Cómo recibió el rey su petición? ¿Qué hizo Nehemías a los tres días de llegar a Jerusalén? ¿Qué exhortación dirigió a los principales del pueblo?